

cultivar sus talentos con el canto y la lectura con mas cuidado que sus costumbres, y preferir la hermosura de los edificios materiales á la edificacion de las virtudes.»

Estas memorias no eran vanas especulaciones que cuando vacaba á los negocios apuntara en el papel, sino un plan efectivo de cómo habia de caminar en el gobierno y en el manejo de los hombres. No solo en los parlamentos y en las juntas de los Estados, sino en las ocasiones particulares no cesaba, dice Teodulfo de Orleans (1), de incitar á los prelados al estudio y al amor de la Religion; al clero, á la observancia de la disciplina; á los monges, á la observancia regular; á los cortesanos, á la moderacion y prudencia; á los jueces, á la equidad y desinterés; á los militares, á la disciplina y al valor; á los superiores, á la caridad; á los inferiores, á la obediencia, y á todos al amor de la obligacion y á la concordia. Venia de este modo á ser Carlo-Magno juntamente apóstol, soberano y padre de los pueblos. Pero la eficacia de sus cuidados estribaba en que no recomendaba virtud alguna de la que primero no diese ejemplo. Asi realizaba las esperanzas del Pontífice y de los pueblos que habian restablecido el imperio de Occidente en su persona, y aumentaba en él continuamente el esplendor, al mismo tiempo que este iba siempre declinando en el imperio de Oriente.

El emperador Nicéforo se distinguia solo por su impiedad, su crueldad y su avaricia, y se alababa no obstante con extravagante seguridad de que era el único emperador que habia sabido gobernar. Rayó tan alto su locura, que no reconocia Providencia ni poder superior al ingenio que él creía tener para el gobierno. Era muy apasionado á los paulicianos ó nuevos maniqueos, que infestaban la Frigia y la Licaonia,

(1) Theodul Praef.

su país natal; tenia entera confianza en sus oráculos y sus supersticiones; y siendo un hombre que se gloriaba de espíritu fuerte, que queria igualarse en algun modo al Espíritu de Dios, recurria no obstante á sus mas ridiculos prestigios. Mandó coser al revés el vestido de su concurrente Bardanes, y suponía que con este encanto le habia reducido á dejar el imperio (1). Viósele tambien imitando la supersticion de los persas, atar un toro por las hastas á un poste de hierro con la cabeza metida en un hoyo, y asegurarle hasta que el animal espiraba furioso deshaciéndose y bramando espantosamente. Dió entera libertad en el imperio á los maniqueos que blasfemaban públicamente contra las imágenes, y llevaba muy á mal que el patriarca los reprendiese. De órden suya se alojaban los soldados en las casas de los obispos y en monasterios, y trataban como esclavos á los obispos, á los clérigos y á los monges. Aplicaba á usos profanos los bienes eclesiásticos que podia, y se reía impudentemente de la piedad de los fieles que habian ofrecido á Dios parte de sus posesiones. En la reparticion de tributos con que oprimia á los pueblos, se complacia en cargar la mano á los establecimientos de piedad, á los hospitales, á los hospicios de huérfanos y ancianos, y á las iglesias y monasterios aunque fuesen de fundacion imperial. Habia puesto sus mejores heredades bajo el dominio secular, y les hacia pagar los impuestos por entero por el poco fondo que les restaba, aumentando desmedidamente las imposiciones. Escitó por último de tal modo el odio público, que el patricio Nicetas, uno de los señores mas fieles que tenia, le dijo saliendo ambos de Constantinopla para marchar contra los búlgaros: «Señor, contra nosotros grita todo el mundo, y si nos sucede alguna fatalidad ¿cuánto tenemos que

(1) Theoph. ann. 7, pag. 413.

temer!» El emperador respondió furioso: «Dios me ha endurecido el corazon como á Faraon: nada bueno esperéis de Nicéforo (1).»

Avanzó con temeridad contra la opinion de todos sus capitanes, no queriendo otorgar la paz á los enemigos que se la pedian, y reduciéndolos á tal desesperacion que le acometieron de noche y le mataron en su tienda á 25 de julio de 811. Los bárbaros anduvieron jugando con su cabeza, y Crumno su rey mandó hacer con su cráneo al estilo de los scitas un vaso para servirse de él en los convites solemnes. Pereció en esta ocasion la primera nobleza y toda la flor del ejército cristiano. El número de cautivos fué grande, y muchos los mártires que los búlgaros, todavia paganos, sacrificaron con despecho, despues de haber intentado inútilmente que renunciassen á la fé. Estauracio, hijo de Nicéforo, fué desde luego reconocido por emperador; mas habiendo quedado tan mal herido que no podia vivir, proclamaron dos meses despues á su cuñado Miguel Curopolates; y Estauracio, abandonado y reducido á hacerse monge, murió de sus heridas á principios del año siguiente. Miguel, llamado Rhangabé, se mostró benéfico, liberal, magnífico, buen católico y celoso de la verdadera Religion; pero tenia poco talento para el gobierno.

Afligianle los alborotos de la iglesia de Constantinopla, y no descansó hasta haber reconciliado al patriarca Nicéforo con San Teodoro y los demás monges muy celosos de la pureza de la disciplina. A estos, ó por mejor decir á la Religion, dió la satisfaccion justa que le exigian, condenando y echando fuera segunda vez al sacerdote José que habia sido la piedra de escándalo. Nicéforo envió por entonces segun costumbre sus cartas sinódicas al Papa, por no haber po-

(1) Theoph. an. 9, p. 414.

dido enviarlas cinco años antes, aunque ya era patriarca, por habérsele impedido el último emperador. Restablecidas la concordia y tranquilidad en la iglesia de Constantinopla, acordó el emperador Miguel extinguir los paulicianos, discípulos de Paulo, un fanático muy acreditado en otro tiempo en Capadocia. Practicaban estos todas las impiedades y detestables impurezas de los antiguos discípulos de Manés, no obstante que hipócritas y perjuros le anatematizaban. Siguiendo los obispos la antigua tradicion, no querian suscribir á la pena de muerte, á que los jueces sentenciaban á estos hereges; pero el emperador continuó en perseguirlos á sangre y fuego, por las abominaciones de su culto y sus malas costumbres, y así mandó decapitar á muchos (1). Mas no pudo limpiar de ellos el imperio, porque siendo tan hábiles en sobornar como extravagantes en discurrir, seducian á las veces aun á los capitanes que marchaban contra ellos.

El segundo año del reinado de Miguel, le envió el rey de los búlgaros proposiciones de paz, y la principal era que de una y otra parte se entregasen los desertores que se habian pasado al enemigo. Algunas personas piadosas le hicieron escrupulizar en entregar al rey de los búlgaros aquellos súbditos suyos que se habian hecho cristianos. Y por mas que su Consejo, apoyado del patriarca Nicéforo y de los metropolitanos de Nicea y de Cizico, le representó que debia preferir á la conservacion de algunos búlgaros el número mucho mayor de fieles detenidos en Bulgaria, prevaleció el parecer contrario; se les negó la paz: los búlgaros volvieron á coger las armas con furor, y cuatro dias despues se recibió la noticia de que se habian apoderado de Mesembria.

(1) Theoph. pag. 439.

Fué preciso ponerse en campaña para hacerles frente. Se encontraron cerca de Andrinópolis; pero cedieron tan vergonzosamente los romanos, que el rey de los búlgaros creyó desde luego que intentaban atraerlos á alguna emboscada. Volvió el emperador huyendo con los demas y maldiciendo sus tropas y capitanes, y perdió el juicio hasta jurar que abandonaría el imperio. Fué proclamado en su lugar el patricio Leon, por sobrenombre Armenio, gobernador de Natolia, y fué solemnemente coronado por el patriarca Nicéforo á 11 de julio de 813. Miguel abrazó la vida monástica con sus tres hijos, á los que Leon hizo eunucos y los desterró á diferentes islas para asegurar su trono. De esta catástrofe se valió el Señor para su gloria y mayor ventaja de su Iglesia en los siguientes reinados. El mas jóven de los tres principes, llamado Nicetas, llegó á una eminente santidad: fué despues patriarca de Constantinopla con el nombre de Ignacio, y sostuvo poderosamente los intereses de la Religion en los tiempos mas difíciles. Entretanto el nuevo emperador dispuso tan bien la defensa de Constantinopla, que habiendo llegado el rey de los búlgaros hasta las puertas de la capital no se atrevió á sitiaria. Mas intentando indignamente Leon quitarle la vida con pretexto de una conferencia, se retiró furioso el búlgaro llevándolo todo á sangre y fuego hasta Andrinópolis, sin perdonar á las iglesias: sitió esta plaza importante y la tomó.

Llevóse cautivos todos los habitantes con su arzobispo Manuel, prelado santo y magnánimo que no solo mantuvo en la fé á sus ovejas, sino que hizo muchas conversiones entre los búlgaros, lo que al fin le mereció la corona del martirio (1). El sucesor del rey Crumno hizo primero descuyun-

(1) Boll. t. 2, p. 441.

tar los brazos al santo pastor, y despues hacer pedazos su cuerpo y dárselo á comer á las bestias. Tambien mandó dislocar los miembros á Jorge, arzobispo de Debotta, y á otro obispo llamado Pedro; y hecho esto los degollaron. Abrieron el vientre á Leon de Nicea, apedrearon al sacerdote Parodio; y á dos tribunos Juan y Leon y á otros dos oficiales Gabriel y Sionio les cortaron la cabeza. Hasta trescientos setenta y siete cristianos les quitaron la vida en esta ocasion por la misma causa; esto es, porque no renunciaron á la verdadera fé. A todos estos los honra la Iglesia griega como mártires el dia 22 de enero.

El emperador Miguel habia asegurado la paz entre los dos imperios, enviando á Carlo-Magno una embajada honorífica para firmar el tratado que habia empezado Nicéforo sin quererle concluir. Los embajadores griegos reconocieron de nuevo por emperador de Occidente al monarca francés, y los límites de este imperio se fijaron decisivamente al mar Báltico, al Océano, al Ebro, dando la vuelta por el Mediodia al mar Mediterráneo, al Vulturno y á las fronteras orientales de Panonia. El emperador Leon sucesor de Miguel se conformó con esta disposicion. Ya Carlo-Magno habia puesto término á las guerras de Germania, y pacificado la Sajonia despues de treinta años de alborotos casi continuos. No hubo otro medio de cortar de raiz el mal, aun despues de haber reducido á los sajones mas principales, que sacar de alli millares de hombres con sus mugeres y sus hijos, y distribuirlos por diversos paises de las Galias y de la Alemania. Los que se quedaron en Sajonia se incorporaron con los franceses, haciendo un solo pueblo bajo las mismas leyes, costumbres y religion.

Cuando este príncipe vió tranquilos todos sus Estados, quiso prevenir todos los alborotos futuros haciendo que reconociesen

á su hijo Luis por emperador. Habian sucedido muchas cosas extraordinarias, que el pueblo tenia por presagios de la muerte del emperador. El prudente príncipe despreciaba aquellas vanas observaciones; pero su avanzada edad y el diario decaimiento de fuerzas eran para él un presagio seguro de que ya no podia vivir mucho; y así escribió á Luis, que gobernaba con gran prudencia el reino de Aquitania, que fuese á verle á Aquisgran. Empero por los cuidados de la sucesion no perdía de vista los de la reforma general cuyo proyecto hemos visto ya en sus dos memorias de preguntas para los obispos y los condes (813).

Un año ó dos antes de su muerte, salieron cuatro diferentes tratados sobre el bautismo á consecuencia de una circular que este príncipe, verdaderamente cristiano y movido muy particularmente de las ventajas y empeños que contraemos en nuestra regeneracion espiritual, habia escrito á los arzobispos y á los obispos mas sábios de su reino, para que profundizando esta materia reanimasen el fervor de los fieles (1). Todavía tenemos cuatro de estos tratados; el de Leidrado, arzobispo de Lyon, el de Amalario de Tréveris que está entre las obras de Alcuino; el de Teodulfo de Orleans, y el de Gesé de Amiens, el cual y Teodulfo eran dos prelados de los mas sábios de su siglo. A este último le debemos haber distinguido con exactitud y claridad entre la uncion del santo crisma con que el bautizante unge la cabeza del catecúmeno, y la que hace el obispo en la frente para dar el sacramento de la Confirmacion.

Para responder á las preguntas hechas á los obispos y á los condes, en solo el año 815 se celebraron cinco Concilios (2):

(1) Mabill. 3 Annal. init. ep. Alc. pag. 1131. Not. Sirmont. ad Theod. Bibl. PP. tom. 14 pag. 67.

(2) Tom. 7 Conc. p. 1132 et seq.

el de Arlés, el de Reims, el de Maguncia, el de Chalons sobre el rio Saona para la provincia lyonesa, y otro en Tours, aunque es de la misma provincia. Para no fatigarnos con repeticiones, poniendo por menor los reglamentos de estos Concilios, diremos en sustancia lo que baste á satisfacer el deseo laudable de instruirse y la razonable curiosidad.

Se mandó que los sacerdotes tengan el santo crisma exactamente encerrado, y que no le den sino á los ministros sagrados para las funciones que se ofrezcan. Con esto se pretendia obviar á una estravagante supersticion, por la que se creia que los malhechores prevenidos con el santo crisma no podian ser descubiertos por la justicia. Se determinó que los que poseian en beneficio, es decir, en usufructo, diezmos ú otros bienes de la Iglesia, contribuyesen para repararla, y que cada uno en tiempo de hambre ó de otra calamidad sustentase sus propios pobres segun sus posibles, y que las personas opulentas no pudiesen comprar públicamente los bienes de los infelices sino en presencia del conde y de la primera nobleza del territorio: que los obispos, abades y otros ministros de la Iglesia observasen en su mesa exacta modestia y sobriedad, admitiendo algunos pobres y leyendo entretanto buenos libros: que á los sacerdotes ambiciosos que pasasen de un curato menor á otro mas grande, se les tratase como á los obispos que dejan un obispado pequeño por otro de mayor renta: que el obispo personalmente encargado de la predicacion tenga siempre para en caso de ausencia ó de enfermedad alguno que predique los domingos y fiestas de modo que lo entienda el pueblo: que todos los obispos posean algunas homilias que contengan las instrucciones necesarias para su rebaño, y las traduzcan claramente en lengua romana vulgar ó en aleman para que todo el mundo las pueda entender. Es-

tas eran las dos lenguas corrientes en Francia; la primera entre los antiguos habitantes, galo-romanos, y era un latín ya corrompido del cual viene el francés: la segunda entre los francos y otros pueblos de la Germania, esparcidos entonces en el imperio francés, y en el día se ha quedado al otro lado del Rhin.

También se estableció que los sacerdotes llevasen siempre el orario ó la estola en señal del sacerdocio, y que ninguno se ordenase hasta los treinta años, y antes de ordenarse habia de vivir en la casa episcopal para aprender sus obligaciones y dar pruebas suficientes de sus costumbres. Estas casas servian entonces de seminario, pues estos no se fundaron en forma hasta mucho tiempo despues. Se mandó que se corrigiese la costumbre abusiva de dividir las iglesias que estaban en las tierras de los señores en muchas partes, teniendo cada una sus sacerdotes, y que el obispo no permitiese celebrar en ellas misa, hasta que los diferentes herederos se conviniesen en el sacerdote que habia de servir esta iglesia, y aquí se ve claramente establecido el patronato laical: que de ordinario no se diese el velo á las vírgenes hasta la edad de veinte y cinco años: que se implorase el auxilio del emperador contra la relajacion que tenia abolida la antigua penitencia en la mayor parte de las iglesias, para que los pecadores públicos hiciesen la penitencia pública y fuesen excomulgados y reconciliados segun los cánones: que se procuraria reformar los abusos que se habian introducido en las peregrinaciones de Roma y de Tours, que entonces eran las dos que estaban mas en voga, tanto que algunos clérigos y sacerdotes suponian que así se purificaban de sus pecados y debian ser restablecidos en las funciones de su ministerio; y á su vez algunos legos imaginaban que así adquirian la impunidad, tanto para las culpas pasadas co-

mo para las venideras. También se ordenó que no se diese indiferentemente al fin de la misa la Eucaristia á los niños y á las personas que asistiesen, por el peligro de que podia haber algunas con pecados graves; pero que todos debian comulgar tres veces al año. Por último, se declaró que se continuase en observar las fiestas siguientes, el día de Pascua y toda su semana, Ascension, Pentecostés del mismo modo que la Pascua: San Pedro y San Pablo, San Juan Bautista, la Asuncion, San Miguel, San Remigio, San Martín y San Andrés: cuatro días en la Pascua de Navidad y el día de la octava ó la Circuncision, la Epifanía, Purificacion de la Virgen, y en cada diócesis las fiestas de los mártires y confesores cuyas reliquias se hallen allí, y la dedicacion de la iglesia: que se observase el ayuno de las cuatro témporas, y la letania de los tres días de rogativa.

Estos fueron los principales reglamentos de los cinco concilios, y los enviaron todos á Aquisgran, en donde el emperador los hizo confrontar en una gran asamblea que se celebró en el mes de setiembre de este mismo año 813, y despues dió su capitular, respecto de los cánones que necesitaban de que concurriese la potestad temporal. Habiendo llegado Luis, rey de Aquitania, al mismo lugar en donde estaba el emperador su padre, empezó este á exhortar á los obispos, abades, duques, condes y á todas las órdenes del Estado congregadas allí á que fuesen fieles á su hijo el príncipe (1). Y deseoso de conocer cómo pensarian los señores acerca del proyecto que tenia de disponer del imperio, les preguntó si llevarian á bien que toda su autoridad pasase á Luis; y ellos esclamaron, que Dios le habia inspirado aquel pensamiento. Así pues ya no pensó sino en ponerlo en ejecucion.

(1) Eginard. *Vit. Car. M. cap. 9 et 22.*

El domingo siguiente se vistió las ropas imperiales, se puso una corona de oro que brillaba con su pedrería, y apoyado sobre el príncipe su hijo, salió del palacio con una augusta y numerosa comitiva, y se encaminó con lentos pasos á la iglesia. Llegado que hubo al altar puso sobre él la corona y estuvo mucho tiempo orando con el rey jóven, despues de lo cual volviéndose hácia él le dijo: «hijo mío, el primer consejo que te doy es que ames y temas al Señor; guarda siempre sus mandamientos, y procura que las iglesias estén bien gobernadas. Tu obligacion capital es defenderlas con una inviolable fidelidad; honra á los obispos como á padres, ama á los pueblos como á hijos, no emplees la fuerza sino para reprimir á los soberbios y para hacer que los malos entren en los caminos de salvacion. Sé el consolador de los pobres y de las personas que en la humildad del retiro se han consagrado á Dios; procura elegir ministros temerosos de Dios y los que conozcas que son bastantes fieles para no dejarse corromper; pero á ninguno destituyas sin justas y seguras razones. Acuérdate de tratar bien á tus hermanas, á tus jóvenes hermanos, á toda la posteridad de un padre que te ama tiernamente. En una palabra, vean en tí siempre un soberano irrepreensible delante de Dios y de los hombres.»

Despues de estas penetrantes lecciones preguntó al príncipe si estaba dispuesto á seguirlas; y este le respondió, derramando lágrimas, que con la gracia del Señor las observaria inviolablemente. Entonces Carlo-Magno le mandó que tomase la corona que estaba sobre el altar y se la pusiese por sí mismo, para dar á entender que de solo Dios recibia el imperio. Obedeció Luis, y resonaron por repetidas veces mil aclamaciones de alegría, así de los grandes como del pueblo. Celebrados los santos oficios, volvió Carlo-Magno al palacio, apoyado tam-

bien sobre su hijo. Pasaron todavía algunos días juntos, hasta que los separaron los diversos cuidados del gobierno, y no pudieron menos de derramar lágrimas abundantes por el triste presentimiento de que no volverian á verse (1). El emperador mas debilitado por sus continuos trabajos que por el peso de los años, nada aflojó en las obras ordinarias de piedad, y como siempre habia hecho en cuanto se lo permitia su salud, no obstante sus inmensas ocupaciones, continuó asistiendo á los oficios de la Iglesia así de día como de noche, redobló sus limosnas, emprendió dar una version de los cuatro Evangelios muy correcta, trabajando en ella él mismo con sábios estrangeros griegos y sirios, sin contar los de sus Estados. Esta fué su última empresa.

Al fin se sintió acometido de calentura al salir del baño, día 20 de enero de 814: al principio esperaba sanar con la dieta, que era el único remedio que usaba en sus indisposiciones, prefiriéndole á todos los de la medicina. Pero no le sirvió contra la pleuresía, de la que con gran sobresalto de todos se conoció estaba atacado: solo él miró el peligro sin asustarse, y con aquel heroísmo que habia mostrado en tantas ocasiones. En el día sétimo de su enfermedad quiso recibir el santo viático y se le dió su capellan mayor Hildebaldo, arzobispo de Colonia, sin que mostrase ninguna conmocion, ocupado enteramente en los sentimientos de la Religion. Poco despues cayó en una especie de agonía muy tranquila, ó por mejor decir, en un desmayo, pero sin perder el uso de la razon. En el momento de espirar recogió todas sus fuerzas para hacer la señal de la cruz y decir aquellas palabras del salmo: *Señor, en vuestras manos encomiendo mi alma.* Así murió dulcemente á las nueve de la mañana del día 28 de enero

(1) Theg. c. 7.